

## La placeta del Santíssim

*La placeta del Santíssim* tenía historia, esa historia que cualquier calle de cualquier pueblo ha creado con las vivencias, los usos, las costumbres, las alegrías y las penas de los vecinos que vivían en ella. Hoy, mirando su desolado aspecto y ocupados los solares de las antiguas casas por los coches, nadie pensaría que en esa plaza, durante muchos años, hubo alegría, gente que no sólo vivía sino convivía y le daba vida.

La plaza, presidida por la iglesia de la Asunción de Nuestra Señora, a la sazón única parroquia del pueblo y cuya vecindad con *la placeta* la unía a ella, se comunica con el Castillo Palacio por el amplio pasillo en forma de arco que le sirve de atrio.

Desde las torres, las viejas almenas asomadas a los tejados de las casas agrupadas junto a él, parecían mirar los juegos de los niños, las mujeres cosiendo a las puertas de sus casas, o tendiendo la ropa y llenándola de vida con sus gritos.

Sí, tenía vida, su suelo de tierra tenía vida como la tenía también la vieja fuente de hierro donde los habitantes de las casas a las que aún no había llegado el agua corriente, llenaban sus cubos y cántaros; y tenían mucha vida las dos hermosas acacias que flanqueaban la fuente, acacias que guardaban secretamente su aroma durante el invierno, para derramarlo abriendo sus racimos de hermosas flores blancas al llegar la primavera, llenando el aire de la plaza con su intenso olor que se expandía hasta las cercanas calles.

Paso muchas veces por *la placeta* y cada vez que lo hago, una voz disfrazada de años me permite viajar por aquellos días en que mi deseo de niña me lle-

vaba hasta la azotea de las torres del castillo, donde me parecía oír, flotando en el aire, las voces de bellas damas con hermosísimos trajes y las de los valientes guerreros con sus relucientes armaduras.

Durante 28 años fue mi casa y la de todos cuantos teníamos allí nuestra vivienda, puesto que nuestra vida se desarrollaba en ese espacio abierto que pertenecía a todos y cada uno de los que allí vivimos jugamos y crecimos.

## SUS VECINOS

De sus vecinos, podría decirse que desde hacía muchísimos años, habían sido pocos los cambios. Yo recuerdo durante los primeros años en que mi familia se instaló allí, allá por los años veinte, que vivía en la casa que formaba rincón con el Sindicato de Labradores la familia de Julia Martí *la tia Julieta* que tenían una tiendecita de alpargatas; al poco tiempo se mudaron de casa y ésta fue habitada por Pere, *el del Hostal*, de quien sólo recuerdo a su hija pequeña, Presentación, porque mi padre le tenía gran cariño, cosa que todavía me recuerda cada vez que la veo, pues afortunadamente aún vive. Posteriormente ocupó la misma casa el matrimonio formado por Fernando Pons y Teresa Cervera, junto a sus cuatro hijos, Teresa, Fernando, Paquita y Rosario así como también la abuela Teresa *la Generala*.

Los ocupantes de las demás casas que formaban el entorno de *la placeta*, eran antiguos vecinos como Miguel Ferrer, el *tio Micalet el Pastor* con su mujer Isabel e hijos Maria, Micalet e Isabelín. El *tio Micalet*, además de trabajar sus tierras se dedicaba a repartir por las casas la alfalfa recién cortada que servía de alimento a los animales herbívoros domésticos y que, junto con algunas gallinas, componían el hato familiar.

Alfredo Palop y su mujer Salvadora que vivían en su antigua casa junto a la iglesia, de la que le separaba el estrecho callejón llamado *carreró de l'església*, quienes mantenían el pequeño negocio familiar relacionado con la fabricación de chocolate y, me contaba Alfredo, el hijo, que durante la riada del 57 el subterráneo que les servía de secadero se llenó de agua hasta los bordes, pero al día siguiente con gran asombro, descubrieron que no quedaba ni una gota de agua, estaba completamente seco, cosa bastante explicable si se tiene en cuenta que en la misma puerta de la casa, al fondo de una depresión de terreno, había una especie de cloaca que tragaba toda el agua que la lluvia arrastraba desde la parte alta de la misma plaza.

María Alfonso, para todos la entrañable María *la Xata*, era parte importante del diario devenir de la vida del vecindario junto con Magdalena *la Llàcera*, la mujer del *Moreno el barber*; es decir, mi padre. El ir y venir de María, el moverse en todas direcciones y hacer todo lo posible y lo que buenamente podía, era el constante de su vida para ayudar en el sostenimiento de su casa. Por el contrario Magdalena con su otra manera de ver la vida y su ironía que a veces la hacía parecer sarcástica, cosa que *el Moreno* muchas veces le reprochaba. Las dos, María y Magdalena, con sus diferentes modos de ser y maneras dispares en sus vivencias, eran las que hacían funcionar el motor que ponía en movimiento el mundillo vecinal.

La *tia* Consuelo *la viuda* que convivía con su hija Consuelito y su hijo Vicente *el del Miracle*, conocido así porqué vino del frente dado de baja por herida de un pie que le mantuvo durante toda la guerra en casa, hasta el día en que terminó la contienda que tiró las muletas porque ya no las necesitaba. Desde entonces le vino el sobrenombre *del Miracle*.

El *tio Parrorro* que vivía con su único hijo soltero, de profesión arriero que se encontraba siempre sentado a la puerta de su casa. Era muy viejo al igual que su mujer la *tia* Marieta a quien mi madre me mandaba a comprar los huevos que unas cuantas gallinas le ponían y quien me daba tres por 25 céntimos. Pared con pared estaba *Perote* que vivía con su madre y su perro aunque en su estimación parece ser que no estaban en el mismo orden.

José M<sup>a</sup> García *el Caguero* y Mercedes, su mujer, con sus tres hijas vivían en la primera casa y, como anécdota diré de él que durante la guerra sirvió de miliciano en el Ayuntamiento con su fusil al hombro, mientras en su casa, en el piso de arriba, ocultaba a D. Vicente Lis, el vicario.

Francisco Palop y su esposa Rosario, con los que vivía su sobrina María García, que se casó con D. Francisco Ros Forriol, abogado e hijo de Francisco Ros y Pura Forriol, *la tia Puerta la del forn*.

En el piso superior de la casa habitada por Francisco Palop, vivía Salvador Montoro, *Montoret el sacristà*, que lo fue durante muchísimos años de la parroquia de la Asunción, junto con su madre hasta la muerte de ésta. Posteriormente se casó con Dolores Forment, de *ca els Mandocs*.

También formaba parte de la vecindad la familia Peiró, *les Tapalanes*, con sus hijos Milagros, Vicente Francisca, Pura y Carmen.

El *tio* Hilario y el *tio* Pepe ocupaban la casa que, pese a pertenecer a la calle de San Roque, su gran puerta daba frente a la plaza así que eran considerados y ellos así lo entendían vecinos de la misma plaza. Se trataba de dos amigos que al encontrarse solos decidieron vivir juntos. El *tio* Hilario era corredor, compraba y vendía cosechas y otros, el *tio* Pepe se ocupaba de faenas del campo, pero tenía tierras y alguna casa por lo que disponía de un buen pasar. Tenían la costumbre, si hacía buen tiempo, de comer y cenar a la puerta de la calle sin molestar y sin que nadie les molestase, pues como ya he dicho, *la placeta* era el patio, el jardín, el comedor y algunas veces el salón de las casas. Algunas veces también solía cenar con ellos Vicente Esteve, *el Moreno el barber* y entonces la tertulia, a la que siempre se sumaba alguien más, podía durar hasta la media noche.

Se podrían contar muchísimas anécdotas de la vida en esta plaza del pueblo, como cuando Magdalena *la Llácera* llamaba al tintorero. Era éste un curioso personaje que venía de Torrente, recogía las ropas para tinter (entonces no existían las tintorerías) y a la semana siguiente las devolvía arregladas. Este señor tenía un poco escamadas a las mujeres porque era algo *sobón*, alguna le gritaba pero todo solía acabar en broma. Magdalena cuya puerta de la casa daba a *la placeta* y las ventanas de los dormitorios a la calle de S. Roque, se asomaba a la puerta y le llamaba - ¡*Tintorer!* – éste acudía a la plaza y entonces le llamaba por la calle de S. Roque -¡*Tintorer j* -, hasta que el buen hombre se cansaba y se marchaba entre el jolgorio y las risas de todos.

*La placeta* también tuvo sus momentos tristes, como cuando moría algún vecino y sobre todo se cubrió de tristeza y dolor cuando fallecieron dos jóvenes: Paquita, hija de Fernando Pons y Teresa Cervera, que murió a los 17 años y Vicente Esteve, *Visantico*, a quienes todo el mundo quería y todavía se les recuerda con cariño.

Hay un hecho curioso que no quiero dejar pasar y que recuerdo con mucho respeto; todos los años, lo que no recuerdo es la fecha, Máximo Santaperpétua y Casimiro Mestre solían venir a *la placeta* y frente a una placa que se puso durante la República y que denominaba a dicha plaza como Plaza de Galán y García Hernández, guardaban un minuto de silencio como respe-

tuoso homenaje a estos personajes y debo añadir que el vecindario siempre estuvo a la altura de las circunstancias, pues también guardaban siempre un respetuoso silencio.

## LA OCTAVA DEL CORPUS CHRISTI

No se ha podido averiguar quienes fueron los vecinos que en el año 1861 instalaron en la fachada de la casa nº 9 el retablo de azulejos que representaba la Sagrada Custodia del Santísimo Sacramento, pero se supone que la fiesta que se celebraba de la octava del Corpus Christi (jueves siguiente a la fiesta solemne del Corpus Christi), se iniciaría con ese motivo.

Esta fiesta de la octava continuó celebrándose hasta la suspensión de la festividad del Corpus, día en que según la sabiduría popular, el sol brillaba menos quizá para no restar brillo a la solemne procesión, que era la procesión por antonomasia para el mundo católico.

Esta fiesta, la de la octava, representaba para *la placeta* la fiesta esperada durante todo el año. Días antes los vecinos se reunían para prepararla, se designaban los que debían preparar la escalinata del altar que debía llegar hasta el retablo, los que se ocuparía de la *enramà* y las flores, y las mujeres que sacaban sus mejores colchas de seda y los paños para el altar; además, se traían alfombras desde la iglesia. En la tarde de ese día la plaza era un jardín y a la vez un templo. El abuelo Llácer se ocupaba de tener el suelo regado para que la *enramà* siguiese fresca.

Los que vivimos el momento en que la campanilla venía anunciando la llegada de la Custodia por la calle del Horno no podremos olvidar la entrada del *Palio* en *la Placeta* donde, con lágrimas en los ojos y un emocionado silencio, doblábamos la rodilla mostrando nuestro respeto al grandioso acto. Acabado éste, el vecindario volvía a recobrar su actividad y alegría devolviendo a la plaza su aspecto normal, terminando el día con la cena a la puerta de sus casas, cena en la que todos compartían la de cada cual.

## LA PLACETA DE LA ALEGRÍA

La vida de la *placeta del Santísim* era así, nunca conocí un roce, un insulto, ni mucho menos una pelea entre vecinos. D. Antonio Sancho Bueno (antiguo

cura párroco de la iglesia de la Asunción) la definió en una frase: *La Placeta del Santísim es la placeta de la alegría.*

Cada vecino vivía su pequeña historia, una historia simple, humilde y sencilla, como simples y sencillas eran sus vidas. No había un pasado que hubiera decidido sus vidas, su pasado era su presente y su futuro lo ponían en las manos de Dios, con la esperanza puesta en Él y aceptando, como buenos cristianos, lo que de Él viniera.

*La Placeta del Santísim... tan llena de vida ayer, y hoy tan muerta.*